

“He venido a prender fuego en el mundo.” (Lucas 12,49-53)

El evangelio nos presenta a Jesús como fuente de división y destrucción. *“Pensáis que he venido a traer al mundo paz? No, sino división.”* ¿A qué se debe que quien vino al mundo para reconciliarnos presente este perfil tan beligerante?

En la perspectiva de una lectura global de las Sagradas Escrituras no podemos hablar sino de un Dios de paz y de amor incondicional. Sin embargo, no son pocos los momentos bíblicos en los que contemplamos esa tensión nacida de la confrontación del mal con el bien.

Bastaría con recordar a Jesús destruyendo los puestos de venta en el templo o denunciando sin tapujos ni ambages la falsedad de los sacerdotes y doctores de la ley.

Y es que debemos reconocer que la vivencia coherente de la propuesta de vida de Jesús de Nazaret, teniendo como núcleo el amor a Dios y al prójimo, no deja de ser una denuncia directa o indirecta a toda circunstancia o persona que no comulga con ese amor. Y eso molesta. Y puede molestar mucho...

No es sencillo discernir cuándo y cómo debemos asumir esta postura de confrontación. Tampoco resulta sencillo distinguir nuestras filias o fobias de lo que es una postura evangélica radical. Fácilmente podemos confundir las motivaciones y provocar la división no desde el evangelio sino desde nuestras inconsistencias personales o institucionales.

La prueba de veracidad la expone el mismo Jesús cuando hace referencia al *“bautismo”* por el que tiene que pasar. Ese bautismo no es otro que su pasión y muerte. En nuestra capacidad de renuncia humilde a toda gloria personal y de resiliencia ante las contradicciones está la medida de nuestro profetismo. De nuestra capacidad de cuestionar todo lo que no esté en sintonía con el evangelio.

Desde esta perspectiva podemos afirmar que no todo puede ser sumisamente aceptado en nombre de la *“paz evangélica”*. La capacidad de confrontar con serenidad y al mismo tiempo con firmeza puede generar no pocas situaciones incómodas que debemos saber asumir en clave de madurez humana y espiritual.

El valor de un profundo compromiso con la búsqueda de la verdad y del bien nos ayudará a caminar por esa senda exigente que nos presenta el evangelio. Una senda que puede ocasionar tensiones que debemos asumir como un coste natural cuando de una verdad y un bien compartidos se trata.



Danilo Luis Farneda Calgaro

pastoral Atención Espiritual y Religiosa- COORDINACIÓN PROVINCIAL